

ángeles buenos viven puros, hermosos, diáfanos, en mares de luz, viendo todos los días el milagro de la creación en soles de soles, y el florecimiento de los seres en primavera perpétua, en gigantesca flora de varias ricas formas, y escuchando la música incommunicable de las acciones divinas; santidad, que no tiene, que no puede tener el mundo tercero, presidido por Lucifer y habitado por nosotros, donde la ambición de traspasar el límite y subir á más altas esferas, á vida más celeste, ha engendrado el mal que todo lo trastorna y lo corrompe y lo pudre, pero el mal mezclado al bien, porque entre los ángeles buenos todo es santo, entre los ángeles malos todo perverso y diabólico, entre los hombres todo bueno y malo al mismo tiempo, como la luz que vivifica y abrasa, como el amor que crea y consume, de cuya triste mezcla no saldremos, sino el día de la segunda venida de Cristo á traernos la redención de Lucifer y del hombre, la redención de la materia y del espíritu, transformados todos, y todos bendecidos, y todos salvos en la inmensidad de los primitivos cielos, y en la presencia del Eterno Padre.

Dos causas llevaron al doctor á estas extrañas y sobrenaturales creencias: primera su asidua lectura de los discursos de Schelling, el mago de la naturaleza, y segunda su comercio con Kerner, el magnetizador, el médico, el poeta, que tañía su lira, curaba sus enfermos, despedía los demonios del cuerpo de los endemoniados, estudiaba original profetisa, sonámbula, enferma en Prevorst, reducida por sus enfermedades á una especie de alma sin cuerpo, ó de cuerpo sin carne ni sangre, toda compuesta de nervios, que la ponían en comunicación directa, diaria, con los espíritus puros, exhalados como aromas de la tierra y de los demás planetas por ministerio de la muerte, y errantes en lo infinito para volver entre nosotros alguna vez á los conjuros de la magia y á los efluvios del magnetismo.

Pero todas estas aficiones fueron pasatiempos de la juventud. Los libros de Hegel fijaron su vocación de teólogo crítico. Las enseñanzas de filología decidiéronle á llevar á la Biblia el escalpelo de su razón fría acerada en sus profundos conocimientos. Un viaje á Berlín acabó de decidirle por la filosofía y la crítica religiosa. Desde aquel punto la heregía entró en su alma y se apoderó por completo de su conciencia. Y la suerte quiso que fuera sacerdote, y que le nombraran vicario sufragáneo en una villa de Suabia. Allí pasó algún tiempo viendo cómo se compadecían la sinceridad de su ministerio religioso con la profesión de su panteísmo racionalista. En realidad no había nacido para filósofo, y no había tomado del maestro Hegel nada más que el método dialéctico. Pero su erudición era rica en sí, brillante en sus manifestaciones. Y pronto había de ser profesor en aquella misma Universidad donde había sido discípulo, y profesor de teología. Perspicaz en el estudio de los más difíciles problemas, preciso y claro en su exposición, brillante en su estilo, siempre perspicuo y sereno, Strauss es ante todo, y sobre todo, un consumado literato.

Creo que en el mundo no puede darse más crítica y dolorosa situación para un hombre de clara inteligencia y ánimo entero que ejercer ministerio tan elevado como el sacerdocio; de fé ardiente en sus móviles, de virtud pura en sus medios, de abnegación y sacrificio en sus fines; todo consagrado á los creyentes, á los fieles, á darles ideas de Dios y de su Providencia, á sostenerlos en los combates de la vida y de las pasiones, á infundirles el sentimiento de la alteza de su alma con la esperanza de la inmortalidad; y luego encontrarse que la base de este ministerio, la creencia en la religión de que es ministro, y predicador, y apóstol, va poco á poco muriendo, secándose allá en lo más íntimo, en lo más recóndito del ser, y apareciendo por consecuencia el sacerdote á los ojos del mundo, si de su ministerio se desciñe y aleja,

como criminal apóstata; y á sus propios ojos, si en su ministerio persevera, como farsante ó impostor.

Varios poetas católicos han descrito magistralmente el conflicto de algunos sacerdotes nuestros, que después de haberse unido á la Iglesia, después de haber entrado en su profesión y hecho sus votos eternos, obligándose á eterna castidad y alejamiento de las dulzuras del amor, de los goces de la familia, tropiezan en el mundo con una mujer, acaso destinada por la Providencia á completar y herosear su vida, y desde entonces pasan por todos los círculos del infierno, por el amor sin esperanza, por los celos sin razón, por la sed hidrópica de los sentidos sin satisfacción ninguna, por los deseos infinitos sin alivio en la tierra; desgarrados al par de pasiones ardientes y de remordimientos insufribles; víctimas del combate entre la voz del corazón y la voz del templo; exacerbados por las mismas escenas que consagran y presiden, por la celebración del matrimonio entre seres más felices que ellos, por el bautizo á hijos nacidos de amores benditos, por el encanto de la familia en la cual sólo aparecen los sacerdotes como consagradores de la felicidad y á esta felicidad siempre ajenos; hasta que en guerra tan tremenda ó se despeñan y caen olvidados de Dios, ó mueren mártires de su religión, de su deber y de su conciencia.

Pero hay otro tormento mayor aún, el tormento de aquellos que nacen y se crían en familia piadosa, con los ojos en los libros divinos y el pensamiento en la fé revelada; que crecen al abrigo de pródigo Seminario, donde la fé sentida en el hogar pasa á noción agrandada en la inteligencia; que maduran en las facultades teológicas de sabia Universidad, donde los sentimientos aprendidos en el hogar ó las nociones aprendidas en el Seminario pasan á ideas universales, aceptadas, creídas, pensadas, por todo el ser, desde el sentimiento hasta la razón; abrazando solícitos, en virtud de estas convicciones, el sa-

cerdocio; y apenas lo ejercen y practican, entra la duda en el paraíso del alma, muerde el corazón, ilumina con sus relámpagos los abismos del entendimiento, presenta los libros sagrados como Historia más ó menos humana, que apenas resiste á la crítica; los dogmas, pasto de la predicación, como símbolos de ideas muertas; el templo santo, como sepulcro de edades ya extinguidas; la religión toda como una luz que va pasando á sombra; y en esta situación, la suerte les condena á la alternativa, ó de engañar al mundo faltando á su conciencia, ó de perderse para siempre ante el mundo si son fieles á sus deberes, y oyen las voces interiores de su alma que les aconsejan sobreponer á todo en los cielos y en la tierra el culto á lo que sienten, y creen y piensan y profesan como verdad.

Pues en esta situación se encontraban Strauss y su compañero de Seminario y Universidad el doctor Marklin, de quien Strauss ha escrito interesantísima biografía. Los dolores de aquel eran más intensos que los dolores de este. Por más que pugnaba consigo mismo, no podía en manera alguna acostumbrarse á dar como verdadero en sus predicaciones lo mismo que creía falso en su conciencia. La idea de que lo divino sólo se hubiera unido con lo humano en una persona histórica, en Cristo; y sólo se hubiera revelado en un pueblo distinguido, en el pueblo de Israel, y en un momento histórico, en la crítica aparición del Cristianismo, esta idea le atormentaba con tormentos indecibles. La misma inmortalidad del alma y de su individualidad, base, no ya del Cristianismo, sino de toda la doctrina espiritualista, que arranca de Sócrates y Platon, le repugnaba con repugnancia invencible, y le parecía natural consecuencia de una pésima concepción de la vida y de un soberbio egoísmo del hombre. En vano leía y releía el célebre discurso de Schleiermacher sobre los muertos y trataba de imitar el arte con que este sabio predicador apuntaba sus ideas espinosistas sobre la



vida y la muerte, sin aparecer en contradicción abierta con la dogmática y la simbólica cristianas. En su dolor se dirigía Marklin á Strauss, y en aquel seno depositaba, lleno de efusion y con profunda confianza, todas sus amarguras y todas sus penas. El auditorio á quien predicaba era ilustrado auditorio, de poblacion culta al par de numerosa, y vislumbraba el combate empeñado en la conciencia de su predicador favorito.

Strauss se encontraba mucho más tranquilo, aunque no ménos cambiado. Habíanse deshojado, como los árboles por el invierno, las ideas religiosas de su infancia y de su juventud. El misticismo soñador de Boehm, y el naturalismo místico de Schelling, habían corrido la misma suerte que las ideas religiosas; todos estaban secos. No pasa una chispa eléctrica por nuestros nervios con tanta rapidez como habían pasado aquellas ideas por las fibras de la inteligencia absorbente del joven vicario. Un pensamiento de Hegel abría á su razon celajes antes ignorados. La esencia de la religion y la esencia de la filosofía son una misma esencia. Solamente que aquello que en la filosofía se presenta como idea, en la religion sólo se presenta como imagen. Desde estas creencias, el tránsito á una convicción profundísima era inevitable; el tránsito á convertir la religion en filosofía, amoldando en lo posible los antiguos dogmas á los nuevos principios. Así es que su alma estaba en serenidad completa. Había abandonado la fé, y no pensaba abandonar el sacerdocio. Había entrado en la ciencia moderna y no se inquietaba por la muerte de la antigua religion. Vivía en sosegada aldea y su auditorio no le daba mucho cuidado. Seguía las prácticas externas y las predicaciones religiosas de la misma fé, que estaba socavando con su pluma y destruyendo en sus libros. Esta situacion podia parecerle muy segura; mas no era ni clara ni moral. Vicario del error, sacerdote de la mentira, predicador del sofisma, y vivía tranquilo, y estaba satisfecho de

sí mismo, contento de su ministerio y de sus obras. Así aconsejaba á su escrupuloso compañero de profesion, que no se atormentara á sí mismo, como el personaje de la comedia antigua. Si le repugnaba la existencia del Dios de las tinieblas, pareciéndole resto de las teogonias pérsas, del dualismo oriental, proponíale que sustituyera la clásica palabra, «el diablo,» por la vulgar palabra «el mal.» Su conciencia tomaba estas doctrinas en la convicción profundísima de que era necesario tener en reserva las ideas más elevadas para las aristocracias intelectuales, y dejar solamente una parte, y parte reducida de la verdad, para el pueblo. Teoría semejante es contraria á toda ciencia y á toda moral. La verdad es verdad en todas las esferas, y debe ser patrimonio de todas las inteligencias. Dar á unos la verdad y á otros el error; tener á estos en las eminencias donde llega el sol, y á los otros en los valles de muerte, donde reinan las tinieblas, es crear las castas; los nacidos al goce y los nacidos á la pena, los llamados á la idea pura y los llamados sólo al sentimiento, como en las naciones regidas por las antiguas teocracias del Oriente. Y de este error fundamental no hay más que llegar á sucesivas aplicaciones para establecer una aristocracia religiosa, destinada á pensar, y una plebe destinada á creer; una aristocracia destinada á dirigir, y una plebe destinada á obedecer; una aristocracia que debe guardar los libros sacros, el lenguaje hierático y una plebe que sólo debe guardar su ignorancia y su servidumbre; una aristocracia emanada de la cabeza y del pensamiento de Brahma para el santo ministerio religioso, y una plebe emanada de sus plantas para vivir perpetuamente sobre el campo, con el trabajo manual por única ocupacion de la vida, y la ignorancia por único horizonte del alma. Teorías así eran horrible retroceso en la ciencia y servían á una reaccion no ménos horrible en la política.

Y sin embargo, el hombre que así escribía,

pasaba desde su humilde vicariato de aldea á la plaza de catedrático de teología en Tubinga, profesion tambien esencialmente religiosa. Ya en Tubinga, escribía con toda madurez su obra por excelencia, lo que ha dado á su nombre fama imperecedera, la *Vida de Jesús*. Cuando el paganismo andaba ya próximo á la decadencia; y los templos se iban quedando desiertos; y la fé se iba extinguiendo en los pueblos antiguos; y el sentido humanitario de los estóicos penetraba, no sólo en las conciencias, sino en los códigos; y las ideas judaicas y alejandrinas del Cristianismo rompían las vallas de las creencias como los pueblos germánicos habían de romper poco más tarde las vallas del Imperio, renacieron con gran hoga, y helaron la sangre en las venas de los antiguos creyentes, de los que aún adoraban los altares helenos, las ideas de un filósofo griego, de muy antiguo divulgadas, y que interpretaban materialmente los dogmas y tenían por hombres elevados á la apoteosis en la gratitud de los siglos, desde el Zeus que presidía la creacion é hinchaba los nublados y blandía el rayo, hasta el humilde Pan, perdido en la vida de los campos y de las selvas. Terrible angustia despertaban las interpretaciones en aquellos que habían creído, adorado, puesto su esperanza, su vida, su muerte, la inspiracion de sus artes, la luz de su ciencia, los huesos de sus padres, la cuna y la educacion de sus hijos, en los dioses del paganismo, en los que habían triunfado con Temístocles y con Escipion, en los que habían cantado con Píndaro y con Virgilio, en los que habían esculpido las piedras con el cincel de Fidias, en los que habían hablado por la boca de Demóstenes y de Platon, en los que habían tenido durante tantos siglos en sus labios entreabiertos por la serena sonrisa de la inmortalidad todas las grandes inspiraciones que sostenían la vida y contrastaban la muerte entre los pueblos mayores y más gloriosos de toda la historia.

Pues algo análogo sucedió á la aparicion

A.

del libro de Strauss. Devorado por algunos, leído por pocos, impedían su divulgacion la mucha ciencia teológica y crítica que lo ilustraba, y el fatigoso método que lo componía, consistente en presentar de relieve las contradicciones entre los Evangelios; llegar á un relato, y sobre todo á un relato de algo sobrenatural ó milagroso, y ver la insuficiencia de la explicacion racionalista, y la falsedad de la explicacion ortodoxa, para ir luego á las propias explicaciones, que tienden principalmente á demostrar cómo la persona de Cristo y la vida de Cristo han ido surgiendo poco á poco de la imaginacion exaltada por la nueva fé, y extendiéndose entre las Iglesias cristianas con todo el aparato literario y todo el tinte artístico de una verdadera leyenda. El sentido vulgar dedujo en seguida que Strauss negaba la existencia de Cristo. No había sido osado á tanto el siglo décimo-octavo. Imagínese, pues, la penosa impresion que produciría en los ánimos, si no la lectura poco divulgada, la noticia divulgadísima del libro. Suprimía de la historia á Cristo; al Redentor de los hombres, que había fundido las cadenas del esclavo; al Verbo de los cielos, que había iluminado la conciencia de las generaciones; al modelo eterno y perfecto de moralidad para la vida; al Crucificado, que desde su patíbulo abre los brazos como para acoger á todo el género humano, y separa dos edades, la edad antigua, la edad del fatalismo en religion, del privilegio en política, del Imperio cuasi divino, y esta nuestra edad, que, á través de luchas sin cuento, de desmayos sin medida, de reacciones continuas, realizará las tres grandes categorías sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad, nacidas al riego de la sangre que de sus venas derramó Cristo sobre el ara sublime del Calvario.

Strauss mismo nos enumera las causas ocasionales que determinaron la publicacion de su libro. Dábanse por aquel tiempo, 1835, tres explicaciones á los Evangelios. Unos creían todos sus milagros ciertos y cumpli-



dos, creencia que su razón rechazaba. Otros creían que todo cuanto relataban los Evangelios había pasado naturalmente; pero que omisiones de los evangelistas habían dado á los relatos aspecto legendario y milagroso; interpretación que le parecía violenta. Otros tenían todos aquellos relatos por pura fantasmagoría é impostura; sospecha repugnante á su conciencia. Lo sucedido con los dogmas antiguos pareciale medio útil de llegar á la interpretación de los dogmas cristianos. Nadie hoy cree que sean los dogmas paganos ciertos é indiscutibles como creía Herodoto; nadie que tengan una explicación naturalísima é histórica como creía Evehemero; nadie que se deban á perversidades é inspiraciones de Satanás como creían en su exaltación y celo religioso los padres de la Iglesia; todos los toman como mitos nacidos de la piadosa fé de los pueblos y de la rica fantasía de los poetas, sin que éstos creyeran engañar ni aquellos tampoco ser engañados. Así, la fé candorosa, inocente, purísima de los primeros apóstoles y de los primeros cristianos originó entonces los relatos evangélicos y explica hoy la facilidad con que crecieron y se divulgaron por el mundo.

Strauss dice que treinta años por lo ménos separan la muerte de Cristo y la redacción de los Evangelios. El que podría aparecer más legítimo, el cuarto, como dictado por un historiador que fuera testigo presencial de la vida de Cristo, aparece á los ojos de Strauss como incierto, fantástico, cercano á las ideas alejandrinas, con carácter gnóstico, inspirándole la sospecha de haber sido obra de un falsario, resuelto á presentarse como el discípulo querido de Cristo, como el apóstol San Juan. Cristo fué en su primera aparición secretario del asceta Bautista, elevándose luego á Mesías en la universal esperanza y en la fé ingenua de aquellos tiempos. Pero Cristo elevó la ley moral sobre la ley mosaica, á la manera que Sócrates había elevado la voz de la conciencia humana sobre la voz de los dioses

paganos. Así es que el Cristianismo fué engendrado por la esperanza general en la venida de un Mesías y por la creencia de que este Mesías era Jesús. Una vez que las esperanzas mesiánicas estaban en su colmo, apareció natural, lógicamente el Mesías.

En verdad que ninguna de estas interpretaciones explica satisfactoriamente un hecho capitalísimo. ¿Por qué Cristo, y sólo Cristo, apareció como Mesías? ¿Por qué vieron en él, y no en otro alguno, este carácter sobrenatural cuantos lo rodeaban? ¿Por qué aquel momento de la historia, y no ningún otro momento, es el concreto, providencial de la redención? ¿Por qué la esperanza mesiánica, nacida en pueblo privilegiado y aparte, esperanza nacional, se ha convertido en esperanza humana, en esperanza de todos los pueblos? Una ebullición de ideas sirvió de alma y levadura á la vida de Jesús según Strauss. Pero las ideas no hubieran por sí mismas crecido sin que se personificaran en un hombre. ¿Por qué no fué ningún otro? ¿Por qué ese hombre no vino antes? ¿Por qué no vino después? Dos grandes hombres históricos han sido muchas veces comparados: Sócrates y Jesús. ¿Qué diferencias! Sócrates ha sido un filósofo, y Cristo un redentor: Sócrates ha habitado la región por excelencia del pensamiento antiguo, Grecia, y la ciudad culta, sabia por excelencia, Atenas; y Cristo ha habitado la región apenas conocida ni estimada de los antiguos, Judea, y la ciudad sometida, esclava, Jerusalén: Sócrates ha tenido los discípulos más brillantes de la historia, Jenofonte, soldado é historiador de primer orden, y Platon, el más poeta de los filósofos, y el más filósofo de los poetas; y Cristo ha tenido los más oscuros discípulos: Sócrates y Cristo han dado su vida por su idea; aquel ha vivido cuatro siglos antes que éste en épocas de más fé, y no ha dejado, sin embargo, sus huellas en la historia, porque mientras Sócrates queda confinado en las alturas de la ciencia como maestro singular, que

provoca y origina un momento único en la filosofía, Cristo se apodera de griegos, de judíos, de romanos; baja á la ergástula del esclavo y sube al trono de los Césares; junta la idea de Roma con la idea de Atenas, la idea de Jerusalén con la idea de Alejandría; transforma el mundo antiguo y educa el nuevo; recoge los sistemas de los filósofos y los populariza; se detiene ante los bárbaros, y los somete y los transforma; alcanzando altares que duran siglos de siglos, lo mismo en el Asia, donde nacieron todos los dioses, que en la joven América, donde brotaron las instituciones más avanzadas de los últimos siglos; y nadie entrevé todavía la época en que pueda su nombre dejar de ser la letra inicial de la más alta civilización sobre el planeta.

La verdad es que los espíritus, cerrados á las grandes inspiraciones históricas, no podrán jamás comprender este milagro. Él sólo redujo las ideas más abstrusas y divinas á verdadero alimento del pueblo; él sólo descendió desde las alturas de la metafísica á la choza del pobre y del esclavo á llevarle con el sentimiento de su dignidad moral la certeza de su redención; él sólo predicó el dogma democrático por excelencia, el dogma de la igualdad religiosa; él sólo supo llegar, en el sermón de la Montaña, hasta la inteligencia del oprimido y del humilde; él sólo supo confundir en la humanidad todas las castas; él sólo juntar en la ley religiosa á todas las gentes, dándonos por único Padre, por único Rey, por único Señor á nuestro Dios que está en los cielos.

Strauss ha descuidado en su obra el punto que debía haber sido esencialísimo, los orígenes del Cristianismo, la época suprema y crítica en que brotó la doctrina. La libertad y la República habían muerto en Roma; los filósofos de Grecia se habían convertido con los estoicos en moralistas prácticos; Jerusalén, que tratara siempre de conservar su Dios apartado del mundo, sentía afán, el afán de los saduceos, por darlo en comunión á to-

das las gentes y difundirlo en toda la tierra; poblábanse los desiertos de santos, de ascetas, de solitarios, que demandaban á grandes gritos el rocío del cielo sobre la conciencia desolada y sedienta; por Egipto, cuando pasaba un vencedor ó un tribuno ó un poeta le preguntaban las gentes si era el esperado; Alejandría congregaba las ideas de Oriente y Occidente para formar como un nuevo dogma; los ebionitas, los esenios se difundían por los alrededores de Jerusalén profesando públicamente la pobreza del cuerpo, presintiendo la rica renovación del espíritu; los gnósticos traían no sé qué ecos de las religiones orientales, ni qué reflejos de los primeros crepúsculos de la conciencia religiosa; y toda aquella crisis fué recogida y personificada por un joven de la más olvidada de las regiones, y del más oprimido entre los pueblos, joven divino, que aniquiló las castas religiosas, y dió su vida por las dos ideas más grandes de la civilización futura, por la libertad moral de nuestra alma, y la igualdad religiosa, la igualdad ante Dios, de todos los hombres.

Junto á esta obra redentora, ¿qué importan los accidentes históricos? Strauss había escrito su libro para los teólogos, y no para los laicos. Mas leyéronlo laicos, teólogos, filósofos, profanos; y produjo un verdadero escándalo. Su cátedra de Tubinga le fué violentamente arrancada con menosprecio de la libertad de pensar, de que tan devotos han sido siempre los alemanes. Millares de folletos y libros se escribieron para refutarle, escarmentarle, maldecirle. Los más exaltados pidieron que fuera expulsado de Alemania. Los más prudentes le echaron en cara, como recuerda con oportunidad y gracia mi amigo Mr. Cherbuliez, que no hubiera escrito en latín. El partido radical de Zurich quiso compensarle tantas amarguras y le ofreció una cátedra en la ciudad que ha sido siempre como escuela abierta á los alemanes. Una petición firmada por más de cuarenta mil habitantes impidió que el teólogo alcanzara este tranquilo retiro,